

ENRIQUE JARAMILLO LEVI

EL BULTO

para Juan Cervera

Me fui nadando, sin prisa, alejándome cada vez más de la playa. Llegó un momento impreciso en que debí detenerme, puesto que, mirando con esfuerzo el bulto claro y pequeño que hacían mis ropas junto a la orilla, destacadas por el fulgor inusual que dejaba caer la luna, pensé que tal vez se había quedado algo de mí en aquella camisa sucia, en los pantalones gastados, o acaso en la ropa interior. Incluso me pareció notar (aunque lo más probable, me dije, es que se deba al efecto engañoso de la distancia) que el bulto, visto de perfil, retenía una forma humana, en posición fetal, con sus extremidades y la cabeza perfectamente delineadas bajo la luna intensa y baja. Era como si yo, el que miraba desde la tibieza tranquilizante del mar, estando lo suficientemente alejado de la orilla como para sentirme testigo desde otro mundo negado por la luna, fuera solamente la posibilidad de una existencia o un sentimiento que desde su sitio vago en el limbo espiara al verdadero ser vivo tirado sobre la arena húmeda en una noche que sólo podía articularse mediante la conciencia lejana de otra presencia.

Poco a poco se les fue manifestando un sentimiento de novedosa solidaridad. No sabían en qué momento se sintieron unidos, como desde adentro, pero ahora formaban ya una sola figura capaz de regirse por la grata voluntad central que los impulsaba a olvidar por completo que poco antes habían sido, individualmente, la camisa, el pantalón, la camiseta, los calzoncillos de ese ser cuya ausencia no impedía la ambigua sensación de su obstinado querer estar presente todavía.

Tuve la impresión (en seguida la descarté como fatiga de los sentidos) de que el tiempo se había detenido en aquel rielar pausado de la luna, ahora inmensa y vertical, sobre el cuerpo súbitamente empequeñecido allá en la orilla. Continué nadando hacia afuera, hacia la noche inmensa, temiendo que el bulto, por hacerle el juego a mis anteriores fantasías, se animara y decidiera regresar a la ciudad obligándome a permanecer inmerso en la masa uniforme que formaban noche y mar.

La contradicción se les fue imponiendo a medida que se acentuaba el placer del movimiento único que, poco a poco, sobre la arena bañada de luna, los convertía en forma bien delimitada y perfectamente trabada que ahora son. Se incorporaron intuyendo desde su nueva solidez el acecho distante y como temeroso venido del mar.

Cansado, me puse a flotar de espaldas, los pies hacia la



playa, con los ojos cerrados. Quise recordar la manera en que llegué, me desvestí, salí nadando sin prisa. No pude. Un vacío total restringió mis actos al momento en que descubría el desamparo.

La figura comprende que es la mitad rebelde de otra parte que desconoce, el deseo insurrecto. Donde debían estar la cabeza, las manos y los pies, la noche plenilunada descende y se hace molde intuitivo. El desplazamiento es pausado, crecientemente seguro, rumbo a la ciudad.

Sé que el bulto se ha marchado, que de algún modo me lleva consigo. Pero insisto en creer que la distancia me impide fijar objetos definidos. Intento regresar. Mis brazos y mis piernas se mueven. Yo me agito inútilmente. Permanezco.

México, mayo-junio de 1973